

JOSEP FERNÁNDEZ TRABAL*

***UN PERÍODO CRUCIAL EN LA CONSTRUCCIÓN DEL
MEDIEVALISMO EN CATALUÑA: DE “LA HISTORIA DE
CATALUÑA Y LA CORONA DE ARAGÓN” DE VÍCTOR
BALAGUER (1863), A “LOS ORÍGENES DE LA REVOLUCIÓN
CATALANA” DE JAUME VICENS VIVES (1957)***

ABSTRACT

Study of the evolution of the Catalan medievalism, from the origin in the Renaissance cultural movement, during the 19th century, to Jaume Vicens Vives in de half 20th century. This work analyses the development of the Catalan historiography and their more important manifestations in the periods of Romanticism, Positivism and Social History. Include also the us of myts and topics more currently for the historians.

La historiografía catalana moderna arranca a mediados del siglo XIX con el movimiento literario de la Renaixença, que expresó en lo cultural el crecimiento económico y social de Cataluña. Según J. Fontana, esta etapa inicial se fundamentaba en la necesidad de construir una nueva visión histórica adaptada a los tiempos del liberalismo y de la industrialización, como respuesta a la inadecuación de la historia ilustrada y racionalista de un Capmany o de un Caresmar, que en su momento respondió a las necesidades mercantilistas de la sociedad catalana del siglo XVIII pero que no había tenido continuación en el siglo XIX.¹ Es un hecho que el criticismo histórico del siglo XVIII no prosiguió en el XIX, y ello originó que la cultura y la sociedad catalanas se hallaran huérfanas de una historiografía que respondiese a las nuevas demandas sociales. En el siglo XIX, en opinión de Fontana, la mediocridad de la producción historiográfica catalana se debe a la falta de consistencia de la burguesía en los tiempos de la primera industrialización y a sus contradicciones

* Arxiu Nacional de Catalunya i Universitat Autònoma de Barcelona

1. J. FONTANA, “Ciència històrica i consciència nacional catalana”, *L’Avenç*, 100 (Barcelona, enero 1987), p.74.

políticas”.² Una sociedad de “conciencia nacional vacilante”, concluye Fontana, no podía tener en estos momentos historiadores de la talla de Michelet o Macaulay. La tarea que en la misma época realizaban otras historiografías europeas, incluida España, de escribir síntesis de sus respectivas historias nacionales, fue también una necesidad sentida en Cataluña a la cuál los historiadores no pudieron dar una respuesta satisfactoria hasta pasadas varias décadas.

EL MOVIMIENTO DE LA RENAIXENÇA Y LA HISTORIOGRAFÍA ROMÁNTICA (1835-1868)

El período revolucionario iniciado en 1835 abrió España y Cataluña a las influencias románticas europeas. El romanticismo exaltaba las diferencias y peculiaridades del fenómeno humano en el tiempo y en el espacio y en su seno se formuló la teoría historicista. La historiografía romántica se acerca al arte, a la arqueología y la invención literaria y se convierte en un eficaz instrumento de las reclamaciones nacionales de la Europa del siglo XIX. La conformación romántica de un “espíritu histórico” del pasado de Cataluña fue uno de los signos básicos de la Renaixença. De acuerdo con este ideal, los historiadores de la Renaixença produjeron una recreación idealizada del pasado medieval y contribuyeron a la mitificación y asunción de un conjunto de conceptos y de manifestaciones considerados constitutivos de cualquier identidad nacional. Los románticos se propusieron redescubrir y definir estos elementos aplicados al caso de Cataluña y llegaron a establecer un espíritu nacional catalán, concepto equivalente al Volkgeist de Herder, basado en la cultura, la legislación y la costumbre. Entre el patrimonio cultural reivindicado mereció una atención preferente la lengua. Los escritores de la Renaixença descubrieron la tradición literaria de Cataluña y dentro de ella, muy especialmente, la poesía popular y los trovadores medievales, al tiempo que un grupo de juristas encabezados por Manuel Duran i Bas realizó la identificación, estudio y defensa del derecho civil catalán entendido como la segunda gran manifestación de su personalidad histórica propia.

A nivel propiamente historiográfico esta etapa ha sido denominada por algunos historiadores actuales como “épica”.³ Los historiadores románticos emprendieron el camino de la elaboración literaria de la historia medieval, que según J. M. Fradera era la columna vertebral del movimiento renacentista.⁴ En las décadas de 1850 y 1860

2. J. FONTANA, *Història de Catalunya. Volum V. La fi de l'Antic Règim i la Industrialització*, Barcelona: Edicions 62, 1988, p. 424.

3. M. BARCELÓ, B. DE RIQUER, E. UCÉLAY DA CAL, “Sobre la historiografía catalana”, *L'Avenç*, 50 (Barcelona, junio 1982), p. 69.

4. M. JORBA, “Literatura, llengua i Renaixença: la renovació romàntica”, en *Història de la Cultura catalana*, IV, op. cit., p. 107-108.

se produjo el momento de mayor difusión de esta historiografía. Víctor Balaguer, autor muy prolífico, sistematizó la historia política de Catalunya para un público amplio y escribió la primera gran obra de síntesis desde *Los Condes de Barcelona vindicados* de Bofarull. En 1863 apareció la *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón*, escrita con una clara conciencia de la función social que debía revestir la divulgación histórica: “escrita para darla a conocer al pueblo recordándole los grandes hechos de sus ascendientes en virtud, patriotismo y armas, y para difundir entre todas las clases el amor al país y la memoria de sus glorias pasadas”. Se trata de una historia de la Corona de Aragón en su conjunto y no únicamente de Cataluña. El objetivo de Balaguer, según Eva Serra,⁵ era la defensa de un modelo federal para el estado español y la presentación de la corona aragonesa confederada como una experiencia histórica a tener en cuenta para la articulación de España, en un momento en que el federalismo de Pi y Margall arraigaba con fuerza.⁶ Sin embargo, esta obra, y en general toda la historiografía romántica, cae constantemente en el anacronismo y adolece de graves carencias conceptuales y metodológicas. Tomada en su conjunto logra configurar una mitología nacional catalana incorporada al discurso histórico, cuyos máximos referentes se encuentran en los monarcas de la edad media y los grandes episodios políticos y militares. La historiografía romántica, en definitiva, establece un pasado histórico simbólico específicamente catalán que en los años sesenta del siglo XIX se concreta ya en una imaginiería pública.⁷

Su falta de rigor motivó la reacción de los historiadores eruditos en un intento de desmontar los mitos popularizados por Víctor Balaguer y los otros historiadores de la Renaixença. Rubió i Ors, por ejemplo, en *Consideraciones histórico-críticas acerca del origen de la independencia del condado catalán* (1887) rechazó la visión balagueriana de considerar consumada la independencia de Cataluña respecto del imperio franco durante el gobierno de Wifredo el Velloso. El mejor exponente del

5. E. SERRA I PUIG, “Una aproximació a la historiografia catalana: els antecedents”, *Revista de Catalunya*, Segunda época, 26 (Barcelona, enero 1989), p. 29-46.

6. “Si bien la España por su posición geográfica señalada y por sus límites patentes parece incontestablemente destinada a contener un pueblo único, reunido en cuerpo de nación; en cambio, la diversidad de origen, de constitución de idioma, de usos y costumbres de las que hoy son provincias del estado y hace poco tiempo formaban reinos independientes, parece poder indicar que debe existir un pueblo único, sí, unido, pero confederado, bajo esta o aquella forma de gobierno, que esto poco hace al caso, aunque siempre contraria a la centralización, que es la muerte política de España” (V. BALAGUER, *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón escrita para darla a conocer al pueblo...*, I, Barcelona: Librería de Salvador Manero, 1860, p. 12).

7. A Víctor Balaguer se deben, por ejemplo, los nombres histórico-geográficos del ensanche de Barcelona y su intervención para que el nombre de Pau Claris fuera dado a una de las calles principales de la ciudad (P. GABRIEL, “Transicions i canvi de segle”, en *Historia de la Cultura Catalana*, VI. *El Modernisme 1890-1906*, Barcelona: Edicions 62, 1995, p. 48-54. R. GARCÍA CÁRCCEL, “Pau Claris: un mite rendible”, *L’Avenç*, 50 (Barcelona, junio 1982), p. 54-58).

resurgimiento de la erudición dieciochesca es la *Historia crítica (civil y eclesiástica) de Cataluña*, de Antonio de Bofarull (1876-1878), obra que, según su autor, pretendía ser objetiva y circunscrita a los documentos, aunque se pierde en un empirismo estéril y no llega a resolver ninguno de los problemas planteados por la historia literaria de los escritores románticos. Según Eva Serra, la *Historia crítica* de Antonio de Bofarull responde a la oleada conservadora que acompañó a la restauración canovista.⁸

A pesar de sus limitaciones evidentes, las obras de la escuela romántica persiguieron una finalidad divulgativa difícil de encontrar en la producción erudita y sintonizaron con un amplio segmento de la opinión pública catalana. Seguramente por estas razones fueron leídas y sus contenidos se divulgaron con una intensidad desconocida hasta entonces. Cuando después de 1868 la ciencia histórica se orientó hacia el Positivismo, la nueva tendencia no anuló los efectos profundos del período romántico, hasta el punto de que diversos historiadores actuales han visto en la producción historiográfica posterior el mantenimiento de las premisas ideológicas y ciertas visiones formadas por el primer romanticismo, llegando a hablar de un neoromanticismo que se mantuvo vivo hasta Jaume Vicens Vives.

LA HISTORIOGRAFÍA POSITIVISTA (1868-1904)

La renovación de los métodos de la historiografía catalana vino de la mano de las corrientes positivistas europeas, que se introdujeron a partir de 1868 y se aceptaron, no sin polémicas, durante la Restauración en un ambiente de reacción al desorden y agitación social del sexenio revolucionario. Es bien sabido que a mediados del siglo XIX se produjo un giro profundo en la concepción de la ciencia. La historia pasó a considerarse ciencia social empírica concebida a imagen de las ciencias de la naturaleza. En la mayor parte de los países europeos se produjo la profesionalización de los historiadores y la aceptación de la historia en las universidades y academias. El positivismo científico orientó la historia hacia los estudios monográficos y al análisis de datos concretos y refutaba la teorización. El año 1875 (debates en el Ateneo de Madrid) fue crucial para la difusión del positivismo en España. Las dos corrientes principales fueron el neokantianismo y la de un grupo de médicos positivistas, entre ellos el catalán Pere Mata i Fontanet, partidarios de la experimentación como único medio de aplicación de la lógica al estudio de los fenómenos naturales para descubrir sus leyes.

8. E. SERRA I PUIG, "Una aproximació a la historiografia catalana", *op. cit.*, p. 41. Para conocer la personalidad completa de Antonio de Bofarull constituye una referència básica la obra de J. SANTASUSAGNA, *Reus i els reusencs en el renaixement de Catalunya fins al 1900*, Reus: Associació d'Estudis Reusencs, 1982, p. 89-134.

El cambio de orientación de la ciencia se dio en paralelo a los cambios fundamentales que experimentó la sociedad catalana en las últimas décadas del siglo XIX. En los años noventa, después de la exposición de 1888, se hizo evidente la aparición de una Cataluña industrializada, urbanizada, moderna y centrada en Barcelona. Se produce entonces la gestación del catalanismo político y cultural en su doble vertiente burguesa conservadora y federalista-liberal, cuya aparición es inseparable de la progresiva desintegración del Carlismo. Ramon Grau afirma que en Catalunya tuvo influencia un tardopositivismo que se expresaba a través de monografías que refutaban cualquier intento de teorización y se refugiaban en el culto de los hechos positivos observados y comprobados empíricamente.⁹ Esta mentalidad positivista práctica se expresó en una historiografía que renunciaba de antemano a las síntesis e interpretaciones y buscaba únicamente la determinación de unos hechos mediante el recurso a las fuentes convenientemente depuradas a partir de una crítica rigurosa. Los principales autores del positivismo historiográfico son una generación nacida entorno a la década de 1840 que harán un gran esfuerzo de renovación: Josep Coroleu, Josep Pella y Forgas, Salvador Sanpere y Miquel, Josep Balari i Jovany y los historiadores de la llamada Escuela de Gerona, Joaquim Botet i Sisó y Julián de Chía. La principal novedad de este grupo es que emprendieron trabajos de investigación directa, en los cuáles compaginaron la aproximación idealista al pasado con el rigor metodológico propio del Positivismo europeo.

La edad media catalizó los principales esfuerzos de los positivistas. Para ello se beneficiaron del esfuerzo de exhumación de fuentes históricas llevado a cabo por los *historiadores eruditos* de la primera mitad del siglo XIX (*Colección de documentos inéditos del Archivo de la Corona de Aragón*, 1847; actas de las Cortes de la Corona de Aragón por la Real Academia de la Historia, 1896). Sus estudios abarcan un gran nombre de temas difícil de resumir en pocas líneas. Son dignos de mención los trabajos de Josep Coroleu y Josep Pella y Forgas sobre las cortes catalanas, la Diputación del General y el derecho medieval.¹⁰ J. Botet i Sisó desarrolló su trayectoria a caballo entre la arqueología y la historia, publicó diversos trabajos sobre Ampurias catalán y se interesó por el primitivo condado de Gerona, antes de culminar su trayectoria en el ya clásico estudio de numismática, *Les monedes catalanes* (1908-1911), sin duda su obra más conocida.¹¹ Salvador Sanpere i Miquel

9. R. GRAU, "Positivism", en *Diccionari d'Història de Catalunya*, Barcelona: Edicions 62, 1993, p. 842-844.

10. J. COROLEU INGalada y J. PELLA FORGAS, *Las cortes catalanas: estudio jurídico y comparativo de su organización y reseña analítica de todas sus legislaturas*, Barcelona: Impr. De la Revista Histórica Latina, 1876.

11. J. BOTET I SISÓ, *Noticia histórico-arqueológica de la antigua ciudad de Emporion*, Madrid: Imprenta de Alejandro Gómez Fuentesnebro, 1879; i *Data aproximada en quèls grechs s'establiren á Empories i estat de la cultura dels naturals del país al realitzar-se aquell establiment*, Girona, 1908; *Con-*

fue un historiador multifacético autor de una síntesis sobre la historia de Barcelona que contiene aportaciones interesantes al conocimiento del desarrollo histórico de la ciudad pero que no llegan a formar un discurso coherente.¹² Su obra *Fin de la Nación Catalana*, publicada en el año 1905, dedicada a la Guerra dels Segadors, contribuyó poderosamente a la idealización de la figura de Pau Claris. Finalmente, Josep Balari i Jovany, historiador y filólogo, representa en Cataluña la corriente etimologista, que pretendía reconstruir las fases más antiguas de la historia de las colectividades nacionales a partir de los nombres.¹³ Balari integró los resultados de la investigación en una síntesis coherente y en 1899 publicó sus *Orígenes históricos de Cataluña*.¹⁴

LA HISTORIA DE CATALUÑA Y LA HISTORIA DE ESPAÑA EN EL SIGLO XIX

Los historiadores catalanes del siglo XIX dirigieron una parte de sus esfuerzos a la creación de un discurso específico sobre España. La necesidad de ofrecer una alternativa a la historia de España que se enseñaba como asignatura oficial en todos los niveles de la enseñanza, caracterizada por la marginación absoluta de la periferia peninsular, era doblemente acuciante desde el punto de vista teórico y metodológico. La historiografía catalana surgida de la Renaixença y consolidada con la recepción del Positivismo intentó frenar los avances de la versión uniformista y centralizadora de la historia de España que, siguiendo el modelo francés, se acabó imponiendo durante la Restauración desde la Universidad.¹⁵

En una época temprana el profesor de secundaria y escritor Joan Cortada, autor de *Manual de Historia de España* (1841-1842) y de la más conocida *Lecciones de historia de España* (1846), intentó superar la tradicional historia narrativa para realizar interrelaciones de hechos e interpretaciones.¹⁶ Estas obras insistían sobre la pluralidad de reinos hispánicos medievales pero no impugnaron en absoluto la primacía que la historiografía española otorgaba siempre a Castilla. En las dos décadas siguientes se encuentran otras dos aportaciones situadas fuera del ámbito

dado de Gerona. Los condes beneficiarios, Gerona: Imprenta y Librería de Paciano Torres, 1890; i *Les monedes catalanes*, Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 1908-1911, 3 vols.

12. S. SANPERE I MIQUEL, *Barcelona, son passat, present y provenir. Memòria històrica, filosòfica y social*, Barcelona: Tip. de la Renaixensa, 1878.

13. R. GRAU, "Josep Balari i Jovany", en *Diccionari d'Història de Catalunya*, op. cit., p. 87-88.

14. J. BALARI JOVANY, *Orígenes históricos de Cataluña*, Sant Cugat del Vallès: Institut Internacional de Cultura Románica, 1964.

15. Las referencias al ámbito hispánico pertenecen a la obra colectiva de P. CIRUJANO, T. ELORRAGA y J. PÉREZ GARZÓN, *Historiografía y Nacionalismo Español, 1834-1868*, Madrid: CSIC, 1985.

16. J. FONTANA, *Història de Catalunya*, op. cit., p. 426. J. GHANIME y J. CORTADA: *Catalunya i els catalans al segle XIX*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995.

oficial, realizadas desde la izquierda y la derecha de la ortodoxia liberal moderada del período isabelino. Desde la izquierda liberal, Ferran Patxot (firmaba con el seudónimo de Manuel Ortiz de la Vega) escribió la *Crónica de las dinastías austriaca y borbónica* (1852-1854) y *Anales de España* (1857-1858). Desde la derecha carlista, Víctor Gebhardt fue el autor de la *Historia general de España y de sus Indias* (1860-1873). Estos autores exaltan desde presupuestos ideológicos diferentes las antiguas libertades medievales y dibujan en sus obras una España plurinacional.

Los historiadores catalanes de esta época estaban en contra de la insistencia de la historiografía española en fundamentar la unidad moderna de España en tiempos remotos (romanos y visigodos) y distinguían nítidamente dos ciclos históricos: un ciclo caracterizado por la convivencia de una pluralidad de naciones y un ciclo español que, en el caso particular de Cataluña, se inauguró en 1714 pero que se venía anunciando desde finales de la edad media. Esta visión trasluce el carácter irreversible que para los historiadores del siglo XIX tenía el proceso de absorción de Cataluña por España, pero realizaron la separación explícita entre un pasado nacional catalán, objeto de estudio y de reivindicación con finalidades que no iban más allá de la mera recuperación erudita, y un presente español que no se cuestionaba. Ello les impidió producir un discurso histórico coherente para los tiempos posteriores a 1714.

En 1887 apareció la *Història de Catalunya* de Antoni Aulèstia. Se trata de la primera historia escrita en catalán que, según Ernest Moliné, incorpora las tesis del catalanismo de Valentí Almirall (en 1886 se había publicado *Lo Catalanisme*).¹⁷ El autor no busca la defensa de un estado confederal -objetivo que constituía el norte de la síntesis balagueriana- sino que más bien quiere ofrecer una nueva teoría de la historia catalana realizada desde las visiones políticas catalanistas. En opinión de Eva Serra, la obra de Aulèstia es el punto de arranque de un proceso de emancipación de la historia de Cataluña que culminará en 1922 con la *Història Nacional de Catalunya* de Rovira i Virgili. Sin embargo su discurso historiográfico cae en el reduccionismo de convertir la historia política en el enfrentamiento permanente del pueblo catalán, depositario de una tradición de libertades, y el absolutismo encarnado por monarcas extranjeros que promueven la desnacionalización. Se forja en estos momentos la concepción de una Cataluña irredenta y del dualismo entre el espíritu libre y autónomo de Cataluña y el autoritario y unitarista de Castilla, que constituirá el tamiz a través del cual se enjuiciarán períodos enteros como el de los Austrias.

Más allá de la reivindicación de los reinos hispánicos no castellanos, la visión de la edad media de los historiadores catalanes no difiere en lo esencial de la que en la misma época ofrecía la historiografía española. La edad media se resume en

17. A. AULESTIA PIJOAN, *Història de Catalunya*, Barcelona: Impr. la Renaixensa, 1887, 2 vols.

el desarrollo de un gran ciclo histórico que se abre con la conquista musulmana del territorio catalán -entendida como una intromisión ajena e inasimilable- y con el lento y tenaz avance de los condados para recuperar el espacio perdido. Como ha afirmado recientemente Flocel Sabaté, en la primera mitad del siglo XIX los historiadores adoptaron el discurso de los autores de los siglos XVI y XVII, que tratan el tema de la conquista musulmana y del posterior avance cristiano de manera breve, resumida y limitada a unos mismos tópicos: la entrada de los musulmanes a causa de las traiciones y del desvío moral de los últimos gobernantes visigodos; la condición pérfida, bárbara y perversa de los sarracenos; el refugio de la población autóctona en los Pirineos; la conservación de la religión como distintivo de la identidad irrenunciable frente a los muslines; y la tenacidad y constancia de los cristianos para recuperar a lo largo de cinco siglos lo que habían perdido en pocos años.¹⁸ En la segunda mitad del siglo XIX la llamada “empresa de la reconquista” era un tópico bien asumido, aunque los historiadores del positivismo incorporaron nuevos enfoques al tema de la expansión y conquista territorial. Antonio de Bofarull introdujo en su *Historia crítica* la noción de aprisión y con ella se empezó a tomar en consideración la dinámica social que acompañaba a la reconquista.¹⁹ La presencia islámica nunca llegó a ser integrada por los historiadores del siglo XIX como uno de los elementos constitutivos de la identidad histórica. La visión romántica reforzó la idea de que la nación catalana se forjó sobre la base de la expulsión de los musulmanes extranjeros, tomando un cariz étnico que se observará después claramente en el pensamiento de Prat de la Riba. La repoblación, acompañada de la conquista militar, consolidó una identidad nacional formulada al margen de la huella islámica que era vista como una intromisión ajena no asimilable.²⁰

RENOVACIÓN Y NORMALIZACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA CATALANA (1904-1939)

La historiografía del siglo XIX formuló, en definitiva, una visión idealista y esencialista, llena de tópicos como la española de la misma época. Visto en su conjunto, la producción historiográfica del siglo XIX preparó la explosión de una historia de Cataluña con voluntad diferencial, que nace a caballo entre la prosperidad de la burguesía industrial catalana y la progresiva decadencia del estado español de la Restauración. Este giro conllevó la formación de un conjunto de mitos y presupuestos de la historia de Cataluña que consiguieron un fuerte arraigo pero que

18. F. SABATÉ CURULL, *L'expansió territorial de Catalunya (segles IX-XII): ¿Conquesta o repoblació?*, Lérida: Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1996, p. 11.

19. A. DE BOFARULL Y DE BROCA, *Historia crítica (civil y eclesiástica) de Cataluña*, II, Barcelona: Juan Aleu y Fugarull, 1876, p. 104.

20. F. SABATÉ CURULL, *L'expansió territorial de Catalunya*, op. cit., p. 59.

tuvieron que pasar posteriormente por el cedazo depurador de una historiografía más rigurosa y científica.

La institucionalización de los estudios históricos. La obra cultural de la Mancomunitat y la Generalitat de Catalunya

A finales del siglo XIX había en Cataluña personalidades muy destacadas en el campo de la historia, pero no existía una comunidad científica organizada y dotada con medios técnicos, entidades propias y órganos de expresión.²¹ La Universidad de Barcelona estaba, tal y como manifestó Pere Corominas en una conferencia del año 1935, muerta. Una Real orden del 19 de septiembre de 1900 dejó a la Universidad de Barcelona sin las especialidades de filosofía e historia durante diez años.²² Los estudios de doctorado, que el gobierno durante el sexenio revolucionario había devuelto a las universidades, fueron de nuevo centralizados en Madrid a lo largo de la Restauración. En Cataluña, antes de la creación del Institut d'Estudis Catalans, los estudios históricos autóctonos sólo podían hallar apoyo en instituciones ajenas a la universidad, como la Real Academia de Buenas Letras, el Ateneo de Barcelona, algunos centros dependientes de la administración local y, en su vertiente más didáctica, l'Associació Protectora de l'Ensenyança Catalana y el Centre Escolar Catalanista.

La profesionalización de los historiadores llegará a Cataluña con el triunfo político del partido regionalista de la Lliga y la creación de las primeras instituciones culturales estables. Enric Prat de la Riba, líder de la Lliga y presidente de la Diputación de Barcelona desde 1904, impulsará desde esta institución y posteriormente desde la Mancomunitat, un programa de normalización de la cultura catalana que, en sus líneas fundamentales, se mantuvo hasta 1939. La institucionalización de la cultura catalana era la prioridad política de la Lliga Regionalista.²³ Los pilares de este proyecto eran la creación de los Estudis Universitaris Catalans (1903) y el Institut d'Estudis Catalans (1907).²⁴ La primera sección que creó el Institut fue

21. F. VALLS I TABERNER, "Els estudis històrics i arqueològics a Catalunya durant el primer quart del segle XX", *Revista de Catalunya* (primera época), IX-50 (Barcelona, 1928), p. 123-148.

22. A. GALI, *Història de les institucions i del moviment cultural a Catalunya, 1900-1936. Llibre IX, op. cit.*, p. 33-35. E. PUJOL, Ferran Soldevila, *Els fonaments de la historiografia catalana contemporània*, Valencia: Editorial Afers, 1995, p. 39.

23. J. CASASSAS, "La configuració del sector 'intelectual-professional' a la Catalunya de la Restauració", *Recerques*, 8 (Barcelona,), p. 129.

24. A. BALCELLS I E. PUJOL, *Història de l'Institut d'Estudis Catalans*, Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 2002. A. GALI, *Història de les institucions i del moviment cultural a Catalunya IX, op. cit.*, p. 107-148. *L'Institut d'Estudis Catalans. Els seus primers XXV anys*, Barcelona: Generalitat de Catalunya, 1935.

precisamente la Sección Histórico-Arqueológica, que desplegó inmediatamente un amplio programa de actividades tendentes a la normalización de los estudios históricos. El programa del IEC materializó en poco tiempo las herramientas básicas de la investigación histórica: inauguración de la Biblioteca de Catalunya (1914) y del Museo de Arte y Arqueología (1915), a la vez que se realizaban las primeras acciones de protección y ordenación del patrimonio documental y archivístico del país. Se emprendió un programa de edición de las principales fuentes documentales y literarias de la historia de Cataluña referidas, especialmente, al período medieval.

Después del receso obligado de la dictadura de Primo de Rivera, la instauración de la Generalitat de Catalunya en 1931 supuso, no solo la estabilidad, sino la ampliación de los proyectos de normalización cultural de la Mancomunitat. La política cultural de la Generalitat republicana fue diseñada por el Consell de Cultura, organismo creado por el consejero Ventura Gassol el 9 de junio de 1931, e integrada por cinco grandes ámbitos de actuación, de los cuáles dos, enseñanza superior y archivos, afectaban directamente a la investigación y a la docencia de la historia.²⁵ La cuestión universitaria ocupó una atención preferente de las nuevas autoridades republicanas. En 1933 la Universidad de Barcelona se convirtió en una institución autónoma regida por un patronato desligado del poder central y en ella se integraron una parte de los intelectuales formados en los Estudis Universitaris Catalans y el Institut d'Estudis Catalans, que por fin tendían puentes hacia la universidad y en cierta forma la conquistaban. La Facultad de Filosofía y Letras fue la pionera en aplicar las reformas tendentes a la catalanización y a la mejora de la calidad de la enseñanza. Por iniciativa de Bosch i Gimpera se crearon los Estudios Universitarios para Obreros y la Universidad nocturna, donde se impartían entre otras materias diversas asignaturas de historia. En 1936 el Patronato de la Universidad Autónoma constituyó, de acuerdo con una petición de Jaume Vicens Vives y Enric Bagué, el Seminario de Historia de Catalunya, que encomendó a la dirección da Ferran Soldevila. A pesar de las dificultades provocadas por la guerra, el Seminario ejerció sus actividades docentes durante tres cursos y editó la tesis doctoral de Jaume Vicens Vives y una historia de la Universidad de Barcelona.²⁶

Los historiadores y la producción historiográfica

En los inicios del siglo XX se entrecruzan, según Enric Pujol, diversas generaciones de historiadores con una preparación y métodos muy superiores a

25. M. ROSSELL, "La política cultural de la Generalitat (1931-1936)", en J. SOBREQUÉS I CALLICÓ, *Catalunya i la Segona República*, Barcelona: Edicions d'Ara S.A., 1983, p. 462.

26. J. M. MUÑOZ I LLORET, *Jaume Vicens Vives, 9110-1960: una biografia intel·lectual*, Barcelona: Edicions 62, 1997, p. 83-89.

los autores románticos y positivistas de la centuria anterior.²⁷ La más importante es la que tiene como fecha de referencia 1890, formada íntegramente en los planes de estudio y programas de investigación de los Estudis Universitaris Catalans y del Institut d'Estudis Catalans e integrada entre otros por Ramon d'Alòs-Moner, Francesc Martorell, Agustí Duran i Sanpere, Ferran Valls i Taberner, Ferran Soldevila, Lluís Nicolau d'Olwer, Pere Bosch i Gimpera y Jordi Rubió i Balaguer. Estamos indudablemente ante el grupo más coherente y preparado que ha dado la ciencia histórica catalana con anterioridad a Jaume Vicens Vives. Antoni Rubió i Lluch, catedrático de literatura de la Universidad de Barcelona y primer presidente del Institut d'Estudis Catalans, ha sido señalado como el aglutinador de esta brillante generación de historiadores, lingüistas y juristas.²⁸ Esta escuela, desarrollada al amparo de las instituciones, ha recibido diversos nombres. Tradicionalmente se la ha llamado escuela neorromántica, porqué continuó en lo básico las visiones que fueron centrales de la historiografía romántica, adaptadas a un mayor rigor metodológico y científico.²⁹ Recientemente se ha reivindicado para esta escuela la consideración de historiadores noucentistas, sobre la base de su identificación con el movimiento cultural más amplio promovido e inspirado por Eugeni d'Ors.³⁰ Otras propuestas más pragmáticas adoptan las denominaciones de "historiadores del Institut d'Estudis Catalans" o "discípulos de Antoni Rubió i Lluch".³¹

Este grupo de historiadores combinaron el rigor técnico tardopositivista con un espíritu nacionalista neorromántico. La influencia del Positivismo se observa en la organización de los estudios historiográficos por sectores (historia del derecho, de la literatura, del arte, prehistoria, historia política) y en el rigor con que se renuevan las técnicas lingüísticas, arqueológicas y diplomáticas. El otro rasgo de esta escuela, su concepción idealista y neorromántica de la historia de Cataluña, aflora más como el corolario de una opción ideológica nacionalista que como una exigencia de renovación metodológica.³² Está patente en el interés historiográfico por los episodios épicos del pasado, por el culto de las crónicas y la historiografía medieval y por el esfuerzo en dar forma artística a la erudición. La investigación tendrá por

27. E. PUJOL, "La historiografía a les primeres dècades del segle XX", en *Història de la cultura catalana. Volum VII*, op. cit., p. 83-104.

28. J. REGLÀ, "Formació de la moderna escola d'investigació històrica", en *Un segle de vida catalana*, II, Barcelona, 1961.

29. R. GRAU y M. LÓPEZ, "Historiografía", en *Ictineu. Diccionari de les Ciències de la Societat als Països Catalans. Segles XVIII-XXX*, Barcelona: Edicions 62, 1979. R. GRAU, "Neoromanticisme", en *Diccionari d'Història de Catalunya*, op. cit., p. 733-734.

30. E. PUJOL, "El descàndid de la història", p. 91-105; y "La historiografía a les primeres dècades del segle XX", op. cit., p. 83-104.

31. A. SIMON, "Per una història de la historiografia catalana. Una aproximació bibliogràfica", en *La historiografia catalana. Balanç i perspectives*, Girona: Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 1990.

32. R. GRAU, "Neoromanticisme", op. cit., p. 733-735.

objeto la recuperación del patrimonio cultural de la Cataluña medieval (el arte, los textos literarios, la arquitectura) y la evocación de los elementos épicos de la historia política, sometidos al rigor metodológico positivista y despojados de los elementos fantásticos e imaginarios que había contaminado el discurso historiográfico de la Renaixença. En este sentido los historiadores neorrománticos llevaron a término una “depuración” de la historiografía anterior. El programa neorromántico, que Rubió i Lluch expuso en 1913, se caracterizaba, en síntesis, por la base erudita de raíz positivista del trabajo de investigación, por la identificación sentimental con una historia de Cataluña concebida como epopeya nacional, por la ambición literaria manifestada en la recuperación del estilo narrativo y por la incorporación directa y privilegiada de las crónicas medievales al cuerpo de fuentes básicas de la historia nacional. Los historiadores neorrománticos parten de la consideración de la realidad nacional de Cataluña y de su continuidad histórica como un hecho incontestable. La visión histórica de Cataluña esta influida por el pensamiento de Prat de la Riba plasmado en *La nacionalitat catalana* (1906).

Al mismo tiempo, los historiadores más jóvenes fueron tomando progresivamente opciones políticas e ideológicas distintas a las de sus maestros. Jordi Casassas ha indicado en este sentido la especial transcendencia de la guerra social que se produjo en Barcelona durante los años veinte y la aparición de Acció Catalana y la Unió Socialista.³³ A lo largo de la Dictadura de Primo de Rivera se fue formando un grupo muy sólido de intelectuales republicanos y de izquierdas, que luego ocuparían cargos de responsabilidad con la llegada de la República, y que contó con historiadores de talla como Nicolau d'Olwer, Pere Bosch i Gimpera, Ferran Soldevila, Antoni Rovira i Virgili y Jordi Rubió i Balaguer. Enric Pujol los ha caracterizado por su ruptura con toda concepción elitista de la cultura, por su defensa de la educación de masas, por la valoración de la realidad nacional en su conjunto y no únicamente de los soberanos, por su valoración de los elementos democráticos de la historia y porque defendieron el compromiso político de los intelectuales.³⁴ De este grupo surgieron las denuncias contra el elitismo de los estudios históricos y los primeros llamamientos a la ampliación de su alcance social. Antoni Rovira i Virgili denunció, en el artículo *La gran pietat de la nostra història* (1924), el bajo número de alumnos de la cátedra de Historia de Cataluña de los Estudis Universitaris Catalans y la poca concurrencia de investigadores en los archivos.³⁵ Lluís Nicolau d'Olwer remarcó en 1930 la necesidad que tuvo su propia generación, de “salir de la torre de marfil

33. J. CASASSAS, “La configuració del sector ‘intelectual-professional’ a la Catalunya de la Restauració (a propòsit de Jaume Bofill i Mates)”, *Recerques*, 8, p. 103-131.

34. E. PUJOL, “El Noucentisme 1906-1918”, en *Història de la Cultura Catalana*, VII, *op. cit.*, p. 94 y 103.

35. A. ROVIRA I VIRGILI, “La gran pietat de la nostra història”, *Revista de Catalunya*, (1ª época), Barcelona (diciembre 1924), p. 537-546.

académica, para servir la público la verdad, nada más que la verdad, pero la verdad entera, sin deformaciones”. El mismo autor, tomando conciencia de las limitaciones y lagunas existentes en el conocimiento de la historia de Cataluña afirmó que “la nueva generación de historiadores ha tenido que rectificar, o mejor dicho, completar las direcciones de sus maestros. Ellos (sin seguir el camino abierto por Campmany) se habían ocupado, de una manera prácticamente exclusiva, de la historia política. Esto los llevaba a descuidar la parte más interesante de la edad media y a olvidar completamente la moderna”.³⁶ Los historiadores neorrománticos, en resumen, realizaron fundamentalmente una historia política, pero en ella supieron articular los factores sociales y económicos, y se interesaron por una amplitud de temas y objetos de estudio desconocida hasta el momento. Rompieron con la dedicación exclusiva a la monografía y fueron capaces de realizar trabajos generales y obras de síntesis.

LAS GRANDES SÍNTESIS D’ANTONI ROVIRA I VIRGILI I FERRAN SOLDEVILA

Conquistado el rigor científico y homologada internacionalmente, a la historiografía catalana le llegó el turno de producir síntesis generales que presentaran de forma didáctica y divulgativa los contenidos básicos de la historia nacional. La primera realización apareció en forma de manual de historia de Cataluña para los diversos niveles de la enseñanza. En 1922 Ferran Valls i Taberner y Ferran Soldevila escribieron, con esta finalidad, una *Història de Catalunya*, pero se trataba de una obra condicionada por su uso académico y por la necesidad de presentar los contenidos en forma resumida. La necesidad era patente, pero la situación política se volvió adversa para los proyectos historiográficos. La disolución de la Mancomunitat de Catalunya en el año 1925 afectó a la continuidad de los proyectos culturales y científicos y explica que las dos grandes obras de síntesis, que empezaron a redactarse en la década de 1920, fuesen el resultado del trabajo individual de dos historiadores situados, además, en espectros políticos diferentes: Antoni Rovira i Virgili pertenecía a los ambientes catalanistas republicanos y Ferran Soldevila a los círculos regionalistas y conservadores de la Lliga.

Antoni Rovira i Virgili era un periodista autodidacta de afiliación política republicana, que militó sucesivamente en el partido federalista, la Unió Catalanista (1915), Acció Catalana (1922) y finalmente en Esquerra Republicana de Catalunya (1932). Su ideología política difería completamente del pensamiento conservador de Prat de la Riba y sentía admiración por el componente romántico del federalismo de Pi y Margall. Rovira i Virgili partía de la consideración del sentimiento nacional

36. E. PUJOL, “El Noucentisme 1906-1918”, op. cit., p. 96.

como el resultado de la evolución cultural y política de la sociedad catalana en el siglo XIX expresada en un hecho racional y consciente. Su concepción de la historia de Cataluña ponía el énfasis en la progresiva toma de conciencia nacional de los catalanes y no tanto en el conjunto de hechos positivos (étnicos, geográficos, lingüísticos) que estaban en la base del catalanismo de Prat. La trascendencia de las construcciones teóricas de Rovira i Virgili radica en que constituyó una potente alternativa al pensamiento en declive de la Lliga Regionalista de Francesc Cambó y estaba mucho más en consonancia con la ideología de Francesc Macià y de Esquerra Republicana, que fue la que en último término se impuso en el período republicano. A pesar de no ser un historiador profesional, Rovira i Virgili concibió el ambicioso proyecto de escribir una historia de Cataluña que fuese, ante todo, una historia de la nación catalana, a través de la cuál los lectores comprendieran el desarrollo de la conciencia nacional y contribuyera al avance de esta misma conciencia. Nos encontramos nuevamente, pues, ante una historiografía escrita como arma de combate política, en la línea de la tradición iniciada por Víctor Balaguer y los demás historiadores románticos. Rovira i Virgili, sin embargo, estaba mejor situado que los historiadores de la *Renaixença* para realizar una síntesis rigurosa porque podía beneficiarse de la renovación experimentada por la historiografía positivista y neorromántica. Los siete volúmenes de la *Història Nacional de Catalunya*, aparecidos entre los años 1922 y 1934, revelan que su autor conocía directamente el pensamiento político y social contemporáneo, tenía capacidad de lectura crítica de la tradición historiográfica catalana y que aplicaba criterios racionales para la dilucidación de los problemas sujetos a debate.

El discurso histórico elaborado por Rovira i Virgili eludía una concepción materialista de la historia y se inspiraba más bien en la historia cultural alemana (la *kulturgeschichte*). Como ha advertido Eva Serra, su historia nacional no puede evitar la repetición de algunos de los defectos de la historiografía romántica. El autor cae en el presentismo y en la relación automática pasado-presente. En una ocasión escribió “lo que encuentro más atrayente de la historia es que un buen número de episodios y de hechos son los mismos de hoy. Hay una sorprendente identidad de las épocas y de los hombres”. La posición del historiador, advertida a lo largo de la obra, es básicamente esencialista y se repite la victimización que tradicionalmente aplicaban los historiadores neorrománticos a su visión del pasado catalán. Rovira i Virgili reforzó la visión negativa de los Trastámaras y de los Austrias, acompañada esta vez de un mayor aparato documental y bibliográfico, y asimiló totalmente el absolutismo de las nuevas dinastías extranjeras con el proceso de desnacionalización. En Rovira i Virgili se observan, quizás más que en ningún otro historiador, las limitaciones teóricas de una historiografía que no consigue entender la historia nacional más allá de la victimización y de la búsqueda permanente de causas externas para explicar una trayectoria histórica en sí difícil de asumir desde los planteamientos ideológicos de partida.

Ferran Soldevila era el historiador mejor preparado de la generación formada en los Estudis Universitaris Catalans. Su ausencia de la primera línea de las actividades políticas le liberó gran cantidad de tiempo que dedicó al trabajo de archivo y a actividades formativas e intercambio en el extranjero. Se doctoró en Madrid con una tesis sobre la reina María, esposa y lugarteniente general de Alfonso el Magnánimo, introduciéndose de lleno en la problemática de los orígenes de la revolución catalana. Por encargo del Institut d'Estudis Catalans, redactó la introducción histórica y las notas que habían de acompañar la edición de las crónicas de Jaime I y de Bernat Desclot. Con este motivo se inmergió en los registros de la cancillería real de la época de Jaime el Conquistador y Pedro el Grande, llegando a ser el mejor conocedor de este período central de la historia medieval de Cataluña, que contemplaba y describía con evidente simpatía y admiración.³⁷ En 1929, Francesc Cambó le encargó la redacción de una historia general de Cataluña, con la indicación expresa de que su contenido y exposición fuera ligero y popular. Soldevila aceptó el encargo pero convirtió su historia en una obra sólida y rigurosa, con aspiraciones de convertirse en un clásico, que apareció en tres volúmenes en el año 1935. La *Història de Catalunya* es “el último intento individual de captar todo el pasado de la nación catalana en una obra de nivel universitario”.³⁸ Es un producto diferente de la obra que en aquellos mismos momentos publicaba Rovira i Virgili porque se basaba en la investigación directa. Pero el contraste entre ambas síntesis no puede reducirse a la simple oposición entre obra científica (la de Soldevila) y obra divulgativa (la de Rovira i Virgili). Ferran Soldevila ve en la política el eje vertebrador de la historia y en consecuencia la economía y la sociedad aparecen como realidades difusas y como el trasfondo de los acontecimientos. Esto se ve claro en la primera edición de la *Historia de Cataluña*, porque en la segunda edición realizada en 1963 muestra mayor sensibilidad hacia la historia económica, debido al conocimiento de las obras de Vicens Vives y Vilar.

En los últimos años se detecta en Cataluña un movimiento orientado a la recuperación de la historiografía y de los historiadores anteriores a la renovación de Jaume Vicens Vives. Se trata de reconocer el enlace entre la producción historiográfica de los años treinta con la historiografía emergente de los años cincuenta, en un intento de ofrecer una visión integradora y más ponderada del desarrollo de la ciencia histórica catalana.³⁹ Dentro de este movimiento recobra plena relevancia la figura de Ferran Soldevila. El estudio reciente de su obra, realizado por Enric Pujol,

37. Las mejores obras de Soldevila se editaron en las décadas de 1950 y 1960: *Pere el Gran*, Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 1950-1962, 4 vols.; *Els grans reis del segle XIII: Jaume I i Pere el Gran*, Barcelona: Teide, 1955; *Vida de Jaume I el Conqueridor*, Barcelona: Aedos, 1958; *Els primers temps de Jaume I*, Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 1968.

38. R. GRAU, “Ferran Soldevila”, *Diccionari d'història de Catalunya*, op. cit., p. 10-17.

39. R. VINYES, “La connexió entre generacions”, *L'Avui*, 16 de octubre de 1994.

constituye ante todo una reivindicación de Soldevila en su doble dimensión de historiador y persona pública.⁴⁰

ANTONIO DE LA TORRE, LA RENOVACIÓN DE LOS ESTUDIOS UNIVERSITARIOS Y LA SUPERACIÓN DE LA ERUDICIÓN

Al margen del bloque de historiadores catalanistas, en la década de los treinta se hizo patente la presencia de otro grupo formado exclusivamente en la Universidad con presupuestos bien diferentes. La sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras había renovado, a partir de opciones teóricas distintas, los métodos pedagógicos y de investigación gracias a la presencia en sus cátedras de historiadores del peso de Claudio Sánchez Albornoz y Antonio de la Torre y del Cerro. Este último creó en 1927 un Seminario de Historia y fue el introductor del trabajo directo con las fuentes de archivo y de un método sistemático de análisis que influyó decisivamente en sus alumnos, entre los cuáles contó a partir de 1927 con Jaume Vicens Vives. Su influjo en las generaciones de historiadores de la inmediata posguerra fue considerable. Este historiador, autor de un monumental trabajo sobre las relaciones internacionales de los Reyes Católicos, abrió de hecho el examen del siglo XV y de la decadencia catalana, que de una manera tan magistral completaría años a venir su discípulo Vicens Vives.

Fue precisamente el joven Vicens Vives, autor de un controvertido artículo publicado en el año 1933 sobre la política remensa de Fernando II, quién provocó un intenso debate periodístico con los historiadores catalanistas.⁴¹ Las interpretaciones de Vicens eran totalmente contrarias a la tradición dominante en la historiografía catalana, que había enjuiciado tradicionalmente de forma negativa la actuación y el significado histórico de los Trastámaras, y ello le valió la censura de Antoni Rovira i Virgili por el poco sentimiento catalanista que mostraba. En un encendido artículo de respuesta, Jaume Vicens Vives se situó a favor de la renovación de la historiografía catalana del momento y realizó una crítica general al abuso que las lecturas historiográficas nacionalistas hacían de los tópicos, llegando a afirmar que se había construido una historia de Cataluña falsa en su mayor parte: “Se repiten las fábulas, se mantienen los equívocos y todos vemos como se persevera en los tópicos cómodos y peligrosos. Entre todos hemos creado una historia de Cataluña falsa en su mayor parte y completamente absurda cuando trata de la época de

40. E. PUJOL, *Ferran Soldevila. Els fonaments de la historiografia catalana contemporània*, València: Editorial Afers, 1995.

41. J. SOBREQÜÉS I CALLICÓ, “Un moment crucial de la historiografia catalana: la polèmica entre J. Vicens i Vives i A. Rovira i Virgili”, *Revista de Catalunya* (nova etapa), 28 (Barcelona, marzo 1989), p. 70-82. J. M. MUÑOZ I LLORET, *Jaume Vicens i Vives*, op. cit., p. 78-80.

la decadencia”.⁴² En la crítica de los contenidos teóricos y metodológicos de la historiografía del momento, Vicens cuestionó la utilización abusiva de categorías ideológicas inexistentes en los períodos estudiados, como la identificación falsa entre las libertades políticas contemporáneas y las libertades medievales.⁴³ El abuso de la historia política y personalista, escenificada a partir de la actuación de los monarcas medievales, mereció también su condena: “Un tercer elemento que hace tambalear la historiografía catalana, tal como la encontramos en nuestros días universitarios, era que se limitaba al estudio de las vicisitudes de la casa de Barcelona [...] El pueblo catalán estaba totalmente ausente”.⁴⁴

LA APORTACIÓN DE LOS HISTORIADORES EXTRANJEROS

En los años treinta del siglo XX la presencia regular de los investigadores extranjeros constituía ya una firme realidad y su presencia en los archivos catalanes y españoles era un hecho cotidiano. Se trata de un grupo selecto de historiadores europeos y americanos, que llegaron a Cataluña atraídos por la riqueza de los fondos catalanes y con el objeto de realizar investigaciones directas a partir de presupuestos teóricos y metodológicos alejados de las preocupaciones de la historiografía autóctona. No fue hasta después de la guerra civil, gracias a la actividad de Vicens Vives, que la mayor parte de estas obras no fueron traducidas y ejercieron una influencia real en la investigación histórica de nuestro país.

Sobresalen especialmente los historiadores de la economía norteamericanos y franceses, especializados en el análisis de los ciclos macro-económicos y en el funcionamiento de las instituciones comerciales y financieras, cuyo tema de análisis fundamental era el estudio del precapitalismo europeo de la baja edad media y la alta edad moderna. El pionero fue el profesor de Harvard, Abbot Payson Usher, uno de los primeros investigadores del comercio y las finanzas que rompió con la tendencia de estudiar en exclusiva las ciudades italianas. Discípulo de Usher fue Earl J. Hamilton, el gran historiador de la evolución de los indicadores económicos de los reinos hispánicos y el reconstructor de los precios españoles entre los siglos XIV y XIX. En *Money, Prices and Wages in Valencia, Aragon and Navarre, 1351-1500*,

42. J. VICENS VIVES, *Obra dispersa. Catalunya ahir i avui*, I, Barcelona: Vicens Vives, 1967, p. 340.

43. “Una de las grandes ilusiones del historiador romántico, tanto si procedía del campo liberal como si se sentía incluido entre las gentes amantes de la tradición, fue considerar la edad media como una época de libertades. Confundía la libertad que el defendía -de tradición jacobina- o el fuero que veneraba -un resto petrificado de pasadas concepciones históricas- con la existencia efectiva de unas condiciones jurídicas, señoriales o urbanas, privilegiadas (J. VICENS VIVES, *Notícia de Catalunya*, Barcelona: Destino, 1969, p. 107.)

44. J. VICENS VIVES, *Obra dispersa*, op. cit., p. 502-503.

Hamilton estableció las curvas de precios y salarios de dichos reinos peninsulares para la baja edad media y afirmó “que no existe razón para poner en duda que los índices de los precios catalanes, en caso de poder ser reconstruidos, se pareciesen a los de Aragón, y no se diferenciasesen mucho de los de Valencia”.⁴⁵ El historiador americano enmarcó el contexto macro-económico en que tuvo lugar la crisis catalana del siglo XV y diseñó la teoría de que toda afluencia de moneda comportaba una alza de precios que, cuando no es sobrepasada por los salarios, crea inflación de ganancias que estimula las empresas y desarrolla la producción. Al mismo tiempo las depresiones económicas tienen una función creadora ya que seleccionan las empresas y posibilitan el crecimiento. En la actualidad se ha tomado plena consciencia de los límites de la teoría monetarista. Vilar fue el primero en denunciar el simplismo y esquematismo de la teoría del crecimiento diseñada por Hamilton y afirmó la necesidad de no reducir las conclusiones a fórmulas economicistas.⁴⁶ Desde una visión más institucional, autores como L. Perels y R. S. Smith, se dedicaron al estudio de las instituciones económicas y abrieron nuevos campos como el derecho marítimo, la marina y las actividades consulares.⁴⁷ En la misma década de 1930 trabajaba en Barcelona André E. Sayous, para realizar una investigación sobre los métodos comerciales bajo-medievales. El historiador belga demostró que a partir de mediados del siglo XIV Barcelona incorporó plenamente los métodos comerciales más sofisticados (letra de cambio, seguros marítimos, sociedades mercantiles) y se igualó a muchas ciudades italianas.

En 1927, visitó por primera vez Barcelona un joven geógrafo francés interesado en la realización de un estudio de geografía regional a partir de los planteamientos de la escuela geográfica de Vidal de la Blache. En el otoño de su vida, este geógrafo ha confesado que en aquel viaje “había descubierto (en el sentido más profundo del término, porqué nadie ni nada no me lo había advertido) un pueblo entero que,

45. E. J. HAMILTON, *Money, Prices and Wages in Valencia, Aragon and Navarre, 1351-1500*, Cambridge (Massachusetts), 1936, p. 165. Esta obra no se conoció en España hasta que Pierre Vilar realizó una valoración global de las aportaciones de Hamilton en 1949 (P. VILAR, “Histoire des prix, histoire générale. Un nouveau livre de E.J. Hamilton”, *Annales (Economies, Sociétés, Civilisations)*, (Paris, 1949), p. 29-46. Existe traducción castellana en P. VILAR, *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español*, Barcelona: Ariel, 1976, p. 163-193, 3ª ed.

46. P. VILAR *Crecimiento y desarrollo*, op. cit., p. 11-12 y 163-193).

47. L. PERELS, “El Libro del Consulado del Mar”, *Revista Jurídica de Catalunya*, XXIII (Barcelona, 1917), p. 65-78; “Orden judicial del Consulado de Mar”, *Revista Jurídica de Catalunya*, XXV (Barcelona, 1919), p. 289-307; “L'ordre judiciari mercantil de Barcelona del segle XV”, *Revista Jurídica de Catalunya*, XXXVII (Barcelona, 1931), p. 1-35; i “L'apparition des prêts, changes et assurances maritimes dans les pays de la Couronne d'Aragon”, *Revue Historique du Droit*, 1945, p. 280-286. R. S. SMITH, “Documentos del Consulado de Mar en Gerona y en Sant Feliu de Guíxols”, *Revista Jurídica de Catalunya*, XXXIX (Barcelona, 1933), p. 128-132 “El Consulado de Mar en Tortosa y Tarragona”, *Revista Jurídica de Catalunya*, XXXX (Barcelona, 1934), p. 26 i ss.

desde el nivel más alto al más bajo de su escala social, se afirmaba nación frente al estado que lo gobernaba”.⁴⁸ Ante este fenómeno, aquel joven geógrafo llamado Pierre Vilar se hizo, a partir de 1930, historiador, y su obra *Catalunya dins l'Espanya moderna*, publicada en los años sesenta, ha sido seguramente el libro de historia más leído y de mayor influencia en los medios historiográficos catalanes.

JAUME VICENS VIVES Y LA RENOVACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA DE LA POSGUERRA 1939-1960

La historiografía catalana después de la Guerra Civil

La guerra civil española y la radical división de la sociedad catalana y española alteraron los términos de debate historiográfico y dieron un vuelco decisivo a la situación de plena madurez que alcanzaron los estudios históricos que se realizaban en Cataluña en los años treinta. El final de la guerra y la victoria franquista distorsionó la evolución natural de la producción historiográfica, que tuvo que continuar con infraestructuras devastadas y cuadros diezmos por las depuraciones políticas y la huida hacia el exilio. En los años cuarenta cohabitaron en el conjunto de España dos orientaciones no contrapuestas, la positivista y la nacionalista española, con una etapa inicial de predominio de esta última a causa del empuje y propaganda que recibió del nuevo régimen. Mientras los principales historiadores en el exilio (Claudio Sánchez Albornoz y Américo Castro) se enzarzaban en un debate sobre las causas del desastre español, que se movió en un nivel teórico e idealista extremo, los principales historiadores del interior adoptaban posturas mucho más pragmáticas y un lenguaje más aséptico para adaptarse a la situación imperante. En realidad, en los años de mayor renovación de la historia europea, en España los estudios históricos se hallaban aislados y sumidos en un grave retraso.⁴⁹

En Cataluña el trauma de la guerra civil y la derrota política y militar del nacionalismo catalán en la contienda conllevó la interrupción brusca y un cambio radical de los estudios historiográficos. El Seminario de Historia de Cataluña, que dirigía Ferran Soldevila, pero en el cuál despuntaba ya la figura de Vicens Vives, fue disuelto y sus principales miembros tuvieron que exiliarse o sufrir las consecuencias de la depuración. La generación de historiadores articulada entorno a los Estudis Universitaris y al Institut d'Estudis Catalans perdió la unidad a causa de las diferentes

48. P. VILAR, *Pensar històricament. Reflexions i records*, Edició preparada i anotada per Rosa Congost, València: Eliseu Climent Editor, 1995, p. 19.

49. J. L. DE LA GRANJA SANZ, “La historiografía española reciente: un balance”, en C. BARROS (ed), *Historia a Debate. Actas del II Congreso Internacional Historia a debate, celebrado del 14 al 18 de julio de 1999 en Santiago de Compostela*, A Coruña: Historia a debate, 2000, I, p. 299-308.

opciones políticas e ideológicas de sus miembros. El año 1939 significó el exilio para algunos miembros de la escuela (Rovira i Virgili, Soldevila, Nicolau d'Olwer, Bosch i Gimpera) y el silencio o la autocensura para los que permanecieron en el interior.⁵⁰ El Institut d'Estudis Catalans interrumpió sus actividades en medio de una campaña propagandística de la prensa franquista que lo tildó de “cenáculo pueblerino aislado del resto de la nación y sin posible comunicación con el mundo culto”.⁵¹ Hasta 1946 no reemprendieron tímidamente sus actividades con la creación de la Societat Catalana d'Estudis Històrics y la edición del *Diplomatari de l'Orient Català* de Antoni Rubió i Lluch. Su lugar fue ocupado oficialmente por el llamado Instituto Español de Estudios Mediterráneos.⁵²

A pesar del difícil panorama de los estudios historiográficos en Cataluña, la omnipresencia de Ferran Valls i Taberner en las instituciones culturales barcelonesas de la inmediata posguerra ofrecía algunas razonables expectativas de continuidad. Hay que recordar que el triunfo franquista le valió a Valls i Taberner un casi-monopolio de la dirección de la Academia de Buenas Letras, la Escuela de Bibliotecarias, el Archivo de la Corona de Aragón, la cátedra de historia universal y la sección de estudios medievales del CSIC. Su desaparición súbita en 1942 truncó los primeros proyectos de reconstrucción y su lugar fue ocupado en parte por Udina i Martorell, Alberto del Castillo y Emilio Sáez.

Más allá de las causas políticas, el desenlace final de la guerra civil significó también la crisis interna de una historiografía que carecía de los planteamientos teóricos que le permitiesen continuar después del desastre. La derrota de 1939 hizo aflorar con fuerza las limitaciones y las ambigüedades y distorsionó en gran medida el debate interno de la historiografía catalana que había explotado con fuerza en los años treinta con ocasión de la polémica entre Vicens Vives, Soldevila y Rovira i Virgili. En el exterior llegó a tener más calidad el trabajo intelectual de los intelectuales de izquierdas (Joaquín Maurín, Jordi Arquer, Victor Alba, Ambrosi Carrión), que realizaron excelentes investigaciones tendentes a explicar las causas del desastre republicano y la victoria del fascismo, que las repeticiones de los historiadores catalanistas de raíz romántica. Al propio tiempo, la historiografía que se producía en el interior tuvo que adaptarse a la atmósfera política y a la retórica oficial del franquismo, adoptando a veces un discurso que asumía los puntos esenciales del nacionalismo histórico español y otras un lenguaje técnico y apolítico.

50. E. SERRA I PUIG, “Una aproximació a la historiografia catalana: el nostre segle”, *Revista de Catalunya* (nova etapa), 27 (Barcelona, febrero 1989), p. 45.

51. J. BENET, *Catalunya sota el règim franquista*, París: Edicions Catalanes, 1973, p. 360. J. SAMSÓ, *La cultura catalana: entre la clandestinitat i la represa pública*, I, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1994, p. 24.

52. J. SAMSÓ, “Notes per a una història de postguerra de l'Institut d'Estudis Catalans (1942-1961)”, *Butlletí de la Societat Catalana d'Estudis Històrics*, VII (Barcelona, 1996), p. 79-84.

Como ejemplo de este cambio, en la historia medieval, se observa la reiteración de los conocidos tópicos de la reconquista, adaptados ahora al horizonte español y no al sentimiento nacionalista catalán.

La inmediata posguerra es un período de vacío intelectual difícil de encontrar en otros momentos de la Cataluña contemporánea. Los intelectuales, sin embargo, tenían delante la difícil misión de recomponer los fundamentos del país y las señas de identidad de un pueblo a partir de bases totalmente nuevas y en esta reconstrucción no podía faltar la aportación de la ciencia histórica.⁵³ Las bases teóricas y los nuevos enfoques que marcarían el resurgimiento de la historiografía catalana las ofreció el llamado realismo historiográfico, denominación que según algunos autores engloba las nuevas tendencias que enfocaban la historia como una ciencia social con un fundamental contenido económico, que se convirtieron en la tendencia predominante a partir de la década de los años cincuenta.⁵⁴ La personalidad clave de la renovación de la ciencia histórica en Cataluña y el conjunto del Estado fue Jaume Vicens Vives (1910-1960), a cuya actividad se debe la obertura a las corrientes internacionales y la profunda revisión de la historiografía anterior englobada bajo la denominación de romántica, neorromántica o simplemente nacionalista.

Jaume Vicens Vives (1910-1960 y la renovación historiográfica

Vicens Vives ha sido considerado el gran renovador de la historiografía catalana y española del presente siglo y, seguramente, el historiador español más universalmente conocido.⁵⁵ Por su formación, era un “universitario puro”, alumno del Seminario de Historia creado por el catedrático Antonio de la Torre en la Universidad de Barcelona y autor de una tesis brillante sobre Fernando el Católico. Durante la república se identificó con la obra de la Generalitat y se integró en el Seminario de Historia de Cataluña de la Universitat Autònoma de Barcelona que impulsó Bosch i Gimpera, pero como historiador se mantuvo siempre alejado de la historiografía nacionalista neorromántica con la cuál no compartía en absoluto la visión deformada que, según él, ofrecía del período medieval. A diferencia de aquellos historiadores, Vicens Vives no se sentía fascinado por la etapa de plenitud de la edad media y centró sus investigaciones en el tan denostado siglo XV catalán.

53. J. FONTANA, “Ciència història i consciència nacional catalana”, *L'Avenç*, 100 (Barcelona, enero 1987), p. 70-76.

54. R. GRAU, “Realisme”, en *Diccionari d'Història de Catalunya*, op. cit., p. 893-896.

55. J. Vicens Vives es el único historiador con entrada propia en el *Diccionario de Ciencias Históricas* dirigido por André Burguière. Bernard Vincent dice sobre Vicens: “Historiador español cuya obra está en la base de la renovación de la ciencia histórica del país” (*Diccionario de Ciencias Históricas*, Madrid: Akal, 1991, p. 691).

Prueba del interés por el período de la decadencia catalana, que se debía al influjo recibido por Antonio de la Torre, fue el tema escogido para su doctorado: las relaciones de Fernando el Católico con la ciudad de Barcelona.⁵⁶ El conjunto de la tesis era una refutación de la interpretación negativa que la historiografía catalanista había elaborado sobre la actuación del rey Católico en Cataluña desde la época de la Renaixença. Para Vicens, el tono denigrante con que los historiadores catalanes se aproximaban a Fernando II, se debía sobre todo a Antonio de Bofarull y a Sanpere i Miquel. La tesis estaba influida por la escuela de síntesis francesa y ello queda patente en el esfuerzo de Vicens para situar la política de Fernando el Católico en el contexto europeo de avance de la monarquía autoritaria, pero en general su autor no abandona un tono narrativo y positivista.⁵⁷

La polémica de 1935 con Rovira i Virgili y la crítica a la Historia de Cataluña de Ferran Soldevila, demuestran que Jaume Vicens Vives intuyó, antes del estallido de la guerra civil, la necesidad de renovación de una historiografía que partía de ideas preconcebidas y que era falsificadora de la historia. Fue su trágico desenlace lo que le impulsó a revisar la historia de Cataluña en su totalidad. Después de 1939 fue depurado y separado de la Universidad, institución a la que no pudo regresar hasta el año 1947, en que ganó la cátedra de Historia Moderna de la Universidad de Zaragoza. Un año después, Jaume Vicens Vives volvió a la Universidad de Barcelona para ocupar la cátedra de Historia Moderna y Contemporánea de España y dispuesto a pilotar un ambicioso programa de renovación. Los primeros años cincuenta es un período en que Vicens ensaya una nueva definición de su posición historiográfica, consciente de que con la vieja historia narrativa era imposible avanzar y de que la modernización historiográfica y política era una necesidad ineludible. En síntesis, Vicens Vives evolucionó desde una historia política e institucional positivista hasta un concepto más moderno de historia social y económica con metodología de base estadística, mientras que en el ámbito temático desplazó la atención hacia la historia contemporánea. Aunque quizás se ha exagerado la importancia que tuvo en Jaume Vicens su participación en el IX Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en París (1950), es indudable que la experiencia y visión adquiridas en este foro mundial influyeron en la renovación de sus técnicas y métodos. El congreso señalaba el inicio de la hegemonía mundial de Annales, escuela que Vicens Vives conocía y valoraba desde hacía más de veinte años, pero no fue hasta aquel momento que descubrió en ella la “tercera vía” que le permitía hacer historia económica y social sin someterse al materialismo histórico.⁵⁸ Mario del Treppo ha indicado que Vicens se adhirió con entusiasmo a Annales y que dirigió desde

56. J. VICENS VIVES, *Ferran II i la ciutat de Barcelona 1479-1516*, Barcelona: Universidad de Barcelona, 1936, 3 vols.

57. J. M. MUÑOZ I LLORET, *Jaume Vicens i Vives*, op. cit., p. 69-78.

58. J. M. MUÑOZ I LLORET, *Jaume Vicens i Vives*, op. cit., p. 393.

entonces sus estudios hacia la geopolítica y el estructuralismo braudelianos.⁵⁹ Junto a estos elementos, Vicens valoró de la historiografía annaliste el afán globalizador, la autenticidad, el combate contra el tópico, la voluntad de hacer una historia viva y su exigencia de que la historia diera respuestas a los interrogantes de la humanidad en función de sus problemas y necesidades.⁶⁰

La renovación historiográfica que promovió Vicens Vives desde Barcelona tuvo su faro en la Universidad, porque entendía que era el único marco donde la investigación científica era viable y donde podía crear plataformas útiles para el intercambio y difusión: en 1949 creó el Centro de Estudios Históricos Internacionales y en 1951 apareció la revista *Estudios de Historia Moderna*. A mediados de los años cincuenta, Vicens Vives estaba preparado para escribir sus obras más maduras. Consciente de la necesidad de ofrecer síntesis históricas que fueran la base de una interpretación global de la realidad española y catalana, Vicens escribió dos breves e influyente ensayos de interpretación histórica: en 1952 publicó una *Aproximación a la historia de España* y, en 1954, *Notícia de Catalunya*. Esta última obra no contiene un análisis propiamente histórico, sino una reflexión -que ha tenido hondo calado en la sociedad catalana- sobre los elementos constitutivos de la personalidad diferenciada de Catalunya. En este ensayo se rebate el nacionalismo de Prat de la Riba, basado en la etnia, para afirmar que el mestizaje cultural, humano y social había sido el fundamento de la identidad propia de Cataluña. En el pasadizo geohistórico que es Cataluña, se dio el juego básico del hombre del interior y el del litoral. El catalán es un “hombre de marca”, miembro de una cultura de mestizaje, pero también es un hombre ligado a la tierra. A lo largo de sus capítulos, el libro define los elementos esenciales del carácter catalán, algunos de los cuáles (espíritu menestral, seny i rauxa, el pactismo) pueden considerarse aportaciones geniales de Vicens al esfuerzo de auto comprensión histórica.

En la segunda mitad de la década de 1950, Jaume Vicens Vives realizó sus trabajos definitivos en forma de dos obras generales concebidas y realizadas como un trabajo colectivo. En *Biografies Catalanes* -nombre que para evitar la censura recibió una colección de historia de Cataluña- ofreció un trabajo de síntesis que recogía el estado de los conocimientos históricos del momento. En dichas obras participaron los mejores autores de las nuevas generaciones de la posguerra y representantes de la vieja escuela noucentista o neorromántica, como Ramon d'Abadal o Ferran Soldevila, en un intento de mostrar la continuidad de la escuela histórica catalana. Personalmente escribió *Industrials i polítics* (1958), con la colaboración de Montserrat Llorens, que cerraba la colección, libro recopilatorio

59. M. DEL TREPPO, *Els mercaders catalans i l'expansió de la Corona catalano-aragonesa al segle XV*, Barcelona: Curial, 1976, p.10.

60. J. M. MUÑOZ I LLORET, *Jaume Vicens i Vives*, op. cit., p. 192.

de sus investigaciones y reflexiones, que ofrecía la visión de una Cataluña madura y responsable, entendida como la culminación del ascenso burgués del siglo XIX. Al ofrecer su síntesis de la trayectoria demográfica, económica, social y política del siglo XIX, Vicens reflexionaba al mismo tiempo sobre el único camino que, a su juicio, podía conducir al resurgimiento del país: la unión de todas las clases bajo la dirección de una burguesía encuadrada en un determinado sentido y preparada para asumir la responsabilidad del cambio en el futuro. La obra de Jaume Vives debe entenderse, toda ella, desde una perspectiva fundamentalmente política.

Jaume Vicens Vives y la revisión de la historia medieval

Durante los años cuarenta, en los que estuvo alejado de la institución universitaria, Vicens Vives completó su trabajo de archivo sobre el siglo XV catalán. En 1944 publicó su trabajo definitivo sobre el conflicto agrario, *Historia de los remensas*, en el que completó su interpretación del reinado de Fernando el Católico y dió por superada la visión de Eduardo de Hinojosa del proceso progresivo e ininterrumpido de la emancipación del campesinado remensa a partir del siglo XII, que había sido la adoptada por la historiografía nacionalista. Para él esta visión no podía explicar el agravamiento de la crisis en el siglo XV y la explosión violenta final y la substituyó por una nueva interpretación, según la cuál las raíces del conflicto deben buscarse en el empeoramiento de la situación del campesinado por las crisis demográficas del siglo XIV. La guerra remensa era el resultado del endurecimiento de la clase señorial y el conflicto estaba en la base del enfrentamiento de las fuerzas señoriales y la monarquía de Juan II que culminará en la guerra civil de 1462 a 1472. Jaume Vicens negó en su obra la concepción de que Juan II atizó el conflicto para debilitar las posiciones de la oligarquía catalana y valoró positivamente la política neutral y pacificadora de Fernando el Católico.⁶¹

En el Congreso de Historia de la Corona de Aragón (Palma de Mallorca, 1955),⁶² Jaume Vicens Vives presentó un resumen de historia económica de la Corona de Aragón en la primera mitad del siglo XV, que tenía en cuenta las publicaciones europeas sobre la materia y las nuevas investigaciones que él había contribuido a impulsar y que había publicado en *Estudios de Historia Moderna* (trabajos de P. Vilar, J. Broussolle, C. Carrère, C. Marinescu, Ph. Wolff, Y. Roustit, C. Trasselli, R. Gubern, Masià de Ros y N. Coll). En esta comunicación Vicens negaba las interpretaciones

61. J. VICENS VIVES, *Historia de los Remensas (en el siglo XV)*, Barcelona: Vicens Vives, 1978.

62. Para una visión de conjunto de los congresos, véase F. UDINA I MARTORELL, "Els congressos d'història de la Corona d'Aragó (1908-1990)", *Revista de Catalunya*, 46 (Barcelona, noviembre 1990), p. 72-82.

políticas de la decadencia catalana y las insertaba en el contexto de la crisis general europea de la baja edad media, pero la imposibilidad de la recuperación la atribuía, en último término, a razones igualmente políticas, concretamente a la negativa de la clase dirigente catalana de abandonar el pactismo y a integrarse al nuevo estado renacentista español.⁶³ Las tesis de Vicens fueron repetidas en el siguiente Congreso de la Corona de Aragón (Caller y Alguer, 1957)⁶⁴ y finalmente ofreció una síntesis global de la decadencia catalana bajo-medieval en su trabajo *Orígenes de la revolución catalana*, que sirvió de portada a su libro sobre los Trastámaras de la colección Biografies Catalanes.⁶⁵ La visión de Vicens Vives se alejaba definitivamente de las interpretaciones frustrantes que veían las causas de la decadencia en la presencia permanente de un enemigo externo (la monarquía extranjera desnacionalizadora) o en la culpabilidad de las debilidades internas. La caída de Cataluña como potencia era una consecuencia más del proceso de depresión económica general de los países del Mediterráneo, cuyo desarrollo había concretado Pierre Vilar y ahora Vicens Vives retomaba dentro de un discurso coherente y lógico.⁶⁶ La tesis de Vicens insistía sobre la situación crítica de la sociedad catalana y sobre su incapacidad de hacer frente a los dos grandes conflictos sociales: la revuelta remensa y el levantamiento contra las oligarquías urbanas. Vicens subraya la extrema debilidad del poder real en Cataluña, lógica consecuencia del peculiar modelo constitucional catalán, que impidió encontrar una salida eficaz al conflicto. El historiador reinterpretaba, por lo tanto, el papel histórico del edificio institucional catalán construido en los siglos de plenitud de la edad media, que definía como creación “maravillosa” del genio catalán pero que respondía a las necesidades coyunturales de la etapa de la expansión feudal y mediterránea.⁶⁷ Dicho edificio constitucional se manifestó inadecuado e inútil en la aguda crisis de los siglos XIV y XV, según afirmó en la misma obra: “Las instituciones políticas, sombreadas por una ideología constitucional majestuosa, se

63. J. VICENS VIVES, “Evolución de la economía catalana durante la primera mitad del siglo XV”, en *Actas del IV Congreso de la Corona de Aragón*, 3, Palma de Mallorca, 1955.

64. J. VICENS VIVES, L. SUÁREZ y C. CARRÈRE, “La economía de los países de la Corona de Aragón en la Baja Edad Media”, en *Obra Dispersa*, I, op. cit., p. 220-237.

65. J. VICENS VIVES, “Els orígens de la revolució catalana”, capítulo introductorio de *Els Trastàmares (segle XV)*, Biografies Catalanes, Barcelona: Teide, 1980, 2ª edición.

66. P. VILAR, “El declive catalán de la Baja Edad Media. Hipótesis sobre su cronología”, en *CreCIMIENTO y Desarrollo*, op. cit., p. 252-331.

67. “Precozmente lanzado hacia atrevidas empresas exteriores y sometido, por lo tanto, a fuertes tensiones políticas, el pueblo de Cataluña tuvo que improvisar en el transcurso de dos siglos una ideología y unos instrumentos de gobierno que respondiesen a la grandeza de la obra realizada y la mantuviesen en el justo equilibrio de las fuerzas sociales que actuaban. Es por razón del doble impacto de la expansión peninsular y mediterránea que los catalanes se vieron obligados a arbitrar soluciones políticas precoces, planteando a los demás pueblos de Europa una serie de novedades constitucionales que constituyen legítimo motivo de orgullo para sus descendientes” (J. VICENS VIVES, “Els orígens de la revolució catalana”, op. cit., p. 44).

mostraron flojas, y por lo tanto equívocas, desde que la hecatombe demográfica del siglo XIV, preludiando la decadencia económica del siglo XV, precipitó al Principado hacia un grave desequilibrio de fuerzas, en una real impotencia entre el pensamiento y la acción, el deseo y la realidad”.⁶⁸ La debilidad de Cataluña se hizo evidente en la resolución del conflicto sucesorio abierto por la muerte de Martín el Humano. La síntesis vicensiana del siglo XV implicaba un cambio de lectura del Compromiso de Caspe: mientras las concepciones esencialistas de uno y otro lado (Soldevila y Menéndez Pidal) insistían en la prolongación de una polémica planteada en términos de pura teoría, Jaume Vicens ofreció una interpretación del cambio de dinastía como un reflejo de la crisis general del Principado y de la falta de unidad de sus dirigentes, que impidió por primera vez imponer la voluntad de Cataluña al resto de la corona de Aragón.⁶⁹ Ferran Soldevila hablaba de la responsabilidad de unos hombres, mientras que Vicens se refería a una coyuntura y trasladaba la atención a la situación real y objetiva de la sociedad catalana. La historia de Cataluña, releída por Vicens Vives, se desnacionaliza y el discurso historiográfico se hace neutro. Ello permite superar las posiciones victimistas anti castellanas y rehabilitar el papel de la monarquía, empezando por la actuación de la dinastía Trastámara en el conflicto remensa y el mérito de Fernando el Católico en la llamada “política de redreç”.⁷⁰

Con las nuevas interpretaciones realizadas a la luz de su contexto internacional, Vicens Vives buscaba desdramatizar la historia de Cataluña y particularmente la de su decadencia, visto como un proceso paralelo al de otros países de la misma área y regido por factores que se escapaban de las intenciones de los hombres.⁷¹ Este intento desdramatizador puede explicar el determinismo económico subyacente en las interpretaciones de Vicens y alguna reminiscencia del interés por la geopolítica que afloró en los años inmediatos a la guerra civil. Como ha señalado Eva Serra, la síntesis de Vicens se hizo “desde una racionalización interpretativa que elimina cuestiones, excluye preguntas y elude respuestas”. Según esta misma autora, la asociación entre rey - Castilla - absolutismo, contrapuesta a la de instituciones catalanas - democracia - Cataluña, cedió ante la nueva asociación de monarquía - racionalización contrapuesta a la de Cataluña - arcaísmo resistencialista.⁷²

68. J. VICENS VIVES, “Els orígens de la revolució catalana”, op. cit., p. 45.

69. J. VICENS VIVES, “Els orígens de la revolució catalana”, op. cit., p. 46.

70. J. VICENS VIVES, “Els orígens de la revolució catalana”, op. cit., p. 153-154.

71. J. M. MUÑOZ I LLORET, *Jaume Vicens i Vives*. op. cit., p. 398.

72. E. SERRA I PUIG, “Una aproximació a la historiografia catalana” op. cit., p. 43-55.

EPÍLOGO

Hacia 1960 se hizo evidente, en el conjunto de la historiografía catalana, el final del predominio de los estudios medievales y el inicio de la preeminencia de las investigaciones sobre los períodos moderno y contemporáneo, giro que inició el propio Vicens Vives en los últimos años de su vida y que ya quedó patente, por ejemplo, en la segunda edición de la Historia de Cataluña de Ferran Soldevila (1963), que incorporó el siglo XIX. La consolidación en los centros de investigación y docencia de una historia contemporánea con pretensiones de hegemonía no conllevó el abandono de la historia medieval como objeto de estudio ni su marginación de la vida académica, pero tuvo como consecuencia el desplazamiento de los principales debates y cuestiones de la historia de Cataluña hacia los siglos XVIII, XIX y XX y la pérdida objetiva de peso específico de la historiografía medieval. Después de las brillantes síntesis de Vicens Vives, la explicación de la identidad diferenciada de Cataluña se desplazó de la edad media hacia la contemporánea, y los historiadores dejaron de buscar en el pasado medieval la justificación histórica de una identidad nacional que románticos y noucentistas habían centrado básicamente en aquel período. La revisión realista de los planteamientos románticos de la historiografía nacionalista reconsideró la nación como la cristalización en cada momento histórico de un equilibrio de las fuerzas sociales, y no como un hecho espiritual siempre presente, en auge o en decadencia, a lo largo de la historia. Las bases de la identidad propia de Cataluña actual debían buscarse en la burguesía (visión liberal-burguesa de Vicens) y en la clase obrera (visión marxista de Vilar), grupos sociales que se desarrollaron a partir del siglo XIX. Este cambio fundamental en la concepción del hecho nacional contribuyó poderosamente a la desactivación del contenido político, no únicamente de la tradición historiográfica nacionalista, sino del conjunto del medievalismo catalán y lo situaba en un ámbito mucho más técnico y aséptico en el cuál permanece aún en nuestros días. No podemos olvidar, sin embargo, los tiempos en que el medievalismo catalán se erigió en el terreno privilegiado de confluencia de las tareas de justificación de la identidad nacional catalana.